



ENTRE LA MUSA Y LA ARAÑA

EL asunto del pensamiento y del arte no es la primera vez que se cita en un discurso de campanillas. Pero sólo cuando detrás se vislumbra, aunque sea nada más que como un perfil errante de nube, la posibilidad de una sociedad liberal, podemos acogernos, como diría el padre Rubén, a la «celestes» esperanza. Aunque, según algunos, está muy desprestigiada. Lo cierto es que en la era del Piramidón no se consiguió más que una condescendencia despectiva hacia los intelectuales. En el fondo, y mucho menos en la forma, no eran bien vistos en la cúspide, porque allí estaba prohibido discutir de geometría. Parodiando el dicho: entre masones y compañeros de viaje, Su Majestad escoja. Y así durante años y años. Y como no toda la sociedad, más bien una porción diminuta de ella, tiene fuerza para correr «en pos», conforme diría asimismo el padre Rubén, del arte y del pensamiento, porque tienen que ser el arte y el pensamiento los que corran detrás de la sociedad, y para eso no había cauce, o lo había tan abrumador que no dejaba ver el río y menos bañarse en sus aguas, el mal gusto y el cerebro plano se instituyeron como inalterables. Mundos de Lolás Flores contra mundos de Manueles Vargas, tres mil Chillidas por un Avalos, coplas de Pemán con bestias y angeles superponiéndose a la niña lorquiana ahogada en un pozo, Enrique Segura destrozando a Viola, los chistes pánfilos de Angel de Andrés en el Calderón sustituyendo el humor sarcástico de Gila o el surrealismo creador de Tip y Coll... Y por ahí adelante. Siempre fue así. Siempre haciéndole una alta cuna y una baja cama a lo mediocre, a lo superficialmente emotivo y a lo fácil, a la lágrima química y al jolgorio de las visceras honestas. No hubo nunca alegría verdadera, ni hubo tampoco verdadera tristeza. Fue todo una inmensa frivolidad sujeta por el imperativo de la crítica constructiva, positiva. Incluso los entierros de Ortega y de Baroja fueron constructivos y positivos. El pueblo conoció a Juan Ramón Jiménez y a Severo Ochoa cuando los suecos del Nobel se fijaron en tales hombres, y el aparato oficial succionó de ellos la dosis de españolidad que le convino. Los arquitectos y los urbanistas fueron vencidos por los especuladores, acaso porque es el cielo, y no el suelo, el centro de las almas. El Real Madrid, El Cordobés, Santana, el «morrosko», fueron algunos de los artillugos que propiciaron la circulación extracorpórea en los españoles, con lo que se les ayudó a sustituir la responsabilidad por la afición. Somos un país de aficionados profesionales. ¿Cómo recomponer desde el fondo todo esto? ¿Sobre que conquistas interiores va a ejercer el pueblo esas libertades de las que se ha hablado? En fin. ¡Hala Madrid! ■ LICANTROPO

nada». Pienso en una España Calé donde los subsecretarios se llamarán Heredia; los directores generales, Pavón; los presidentes de los consejos de Administración, Maya.

Y pienso que, en el fondo, aquí la historia siempre la escriben los vencedores y la hacen los payos. Y para ver lo bien que lo hacemos los payos, de vez en cuando pregonamos al mundo que hasta los gitanos hacen lo mismo. Pero por si acaso, nos guardamos bien la cartera. Cuando de verdad de quien hay que guardar las haciendas tal como están las cosas es de los payos. Quién sabe dónde hubiéramos llegado ya si los Reyes Católicos, en vez de perseguir a los gitanos les hubieran dado un ministerio, como a un Fernández cualquiera. Sólo conocemos la historia de España según los Fernández. Porque a los Pavón y a los Heredia los hemos condenado eternamente a ir a Sevilla a ver los toros. ■ BURGOS.

ULTIMA HORA

NUESTRAS GRANDES EXCLUSIVAS

NACE LA QUINIELA DEMOCRATICA

Ahora que vamos a ser una democracia europeísta, se sustituye la execrable quiniela tradicional, causa de tantos males de injusticia en el reparto de la renta, y se instituye la quiniela constituyente-liberal que tocará a todos.

No es para menos. Ya somos europeos y liberales. Hay que ir echando por la borda viejos lastres decimonónicos que no hacían sino afejar la hermosura del sol de España. Por ejemplo, la vieja quiniela tradicional, centenaria, que sólo tocaba a uno o

